

proyecto de futuro, no en una ciencia, sino en las raíces, en los orígenes, en la historia, al mismo tiempo que en la cultura, en la vida cotidiana, en el presente.

La nuestra es una edad que, en palabras de Jorge Cuesta, “soporta todos los pecados y compromisos, desde la conciencia de la duda (...); soporta que se niegue su valor (...), estar en crisis”. Y no sólo se sabe en crisis, sino que incluso la cultiva, convencida por lo menos de una cosa: que dejar de estar en crisis es morir, es querer conquistar no “la hora que vive, sino la que sucede”. Pero querer conquistar la hora que se vive, querer encontrarse por el camino de la crisis, implica emprender el viaje interior hacia el desarraigo, implica volver a Gide y a Ulises... “*Se perdre pour se retrouver*”.

Somos muchos los navegantes de esta odisea contemporánea que ahora se encuentra en su etapa de travesía hacia el desarraigo. Toparse durante este duro viaje nocturno con León Trotsky es toparse con uno de los más grandes momentos de la historia de nuestro impulso libertario y con la difícil comprobación de que si bien ya no creemos en aquella esperanza de la que Trotsky fue un poderoso símbolo, no podemos no detenernos y sorprendernos ante ella, no podemos no darle lugar a la nostalgia.

Olivia Gall

EL SIDA. De la realidad clínica a la conjetura sociocultural

El sexo se acabó, parece ser una de las consignas definitivas de ese repliegue erótico que marca, ya sin remedio, la década de los ochenta. Si los dos anteriores decenios estuvieron signados por un apogeo de las relaciones sexuales, asumi-

das desde una nueva perspectiva del placer y como una actitud de desafío ante cualquier convencionalismo, el surgimiento del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (sida) implicará, según se ve, todo un cambio en las conductas amoratorias del hombre contemporáneo.

Si los años sesenta y setenta propiciaron la reivindicación de un principio del placer bajo el cual la juventud del mundo —particularmente la europea— acogió el hedonismo como una postura vital y regocijante, pero sin desvínculo de la práctica política, y si más tarde considerables sectores estadounidenses y latinoamericanos retomaron parte de dicha preceptiva para, por lo menos, aceptar las diversas formas de manifestación de la libido, revalorando con ello el cuerpo como un dispositivo siempre alerta ante el deseo, los tiempos que corren, señala el escritor inglés Anthony Burgess, advierten que “la época de la tolerancia está concluyendo”. Con envidia retrospectiva, estima, miramos a “aquellos sátiros y ninfomaniacas que gozaban por aquí y por allí y, aunque no eran tan bien acogidos por la sociedad, no sufrieron tan notoriamente” como ahora, entre otros, los sodomitas que, asustados, han cambiado sus costumbres.

En gran medida, los escritores, conciencia de la sociedad, han sido, a veces, los mejores expositores de sucesos aparentemente excluidos de su área de acción pero que, por ellos tratados, pueden resultar más accesibles al entendimiento del hombre común. Sin ser especialista en el sida, pero sin que esto demerite sus opiniones, Burgess —narrador, lingüista, crítico, guionista de cine— establece, por ejemplo, el paralelismo entre una civilización moderna que deja fuera de la circulación erótica a los portadores de sida, y la de aquellos fundadores de la Nueva Inglaterra puritana, que contaban con morir si cometían adulterio o ser azotados si fornicaban. En México, por su parte, José Emilio Pacheco previene sobre la cancelación de “los llamados encuentros de una noche, que hace 20 años se exportaron como el *summun* de la modernidad, la juventud, la fuerza y la buena onda”. Pero no hay alborozo que dure eternamente. En la era reagentat-

cheriana, el advenimiento del sida amenaza con poner fin al vivificante gozo de la sexualidad en un punto —ahora— en que el placer sería igual —o casi— a la muerte. Ante el temor a morir de sida, grupos considerables de la humanidad adoptan una nueva moral sexual, desde la cual —dice Pacheco— “la convivialidad dionisiaca de los setentas” parece perderse para siempre, mientras “la soledad tanática y aterradora de los ochentas” nos embiste.

Sobre “el mal del siglo”, diferentes versiones

Causado por el virus de inmunodeficiencia humana (VIH) el sida es una enfermedad que disminuye —anula— la capacidad orgánica para combatir las infecciones.

La enfermedad, de la que no se sabía nada hasta mediados de la década pasada surge, se conjetura, en el área central de África, donde, en los años cincuenta, se tomaron muestras de sueros que, analizadas recientemente, advierten ya la presencia de anticuerpos al VIH. El rastreo epidemiológico emprendido por los científicos señala que de la región meridional africana el sida debió haberse extendido, primero, a la zona del Caribe —Haití—, donde a fines de los sesenta se detectan sueros positivos, y luego a Europa y Estados Unidos, regiones en que los sueros se localizan sólo hasta principios de los setentas.

Desde hace por lo menos tres décadas, entonces, el VIH parece haber estado en el hombre, aunque de manera latente hasta que, por fin, se decidió a atacar. No obstante manejarse varias hipótesis en torno a la aparición del sida, una de las más difundidas, pese a ser de evidencia indirecta, refiere la semejanza entre el VIH y el virus linfotrópico T-III de simios (STLV-III), que afecta exclusivamente a éstos, en especial al mono verde africano; sin embargo, tal virus no ocasiona ninguna enfermedad aparente en este tipo de primates: no resulta patógeno para ellos. En fechas más próximas, en Costa de Marfil, se descubrió, en personas, un virus

muy similar al VIH que ataca al ser humano pero, como ocurre con el virus de simios, no es patógeno para el hombre. A éste se le ha denominado HTLV-IV, LAV-2 y SBL.

La manifestación de estos virus intermedios sugiere que de algún modo el ser humano fue afectado inicialmente por el virus del simio, el cual observó una serie de mutaciones dando como resultado, en un principio, estos virus intermedios para derivar después en la forma patógena para el hombre: el VIH.

Mas en el tono especulativo, hay quienes no descartan la posibilidad de que el VIH haya tenido su origen en esos ensayos de laboratorio abocados a la búsqueda de nuevas armas bacteriológicas. En contraposición a esto, Burgess sostiene que el sida es un "asesino natural", en tanto que el virus que lo provoca no ha sido inventado por el hombre. Si el síndrome de inmunodeficiencia adquirida es, como parece, "el mayor asesino prematuro" del hombre contemporáneo —al que se reconoce una potencialidad para matar como lo hacen los terremotos y los volcanes, los terroristas o las catástrofes aéreas—, ello —cito a Burgess— "no debe alimentar el fuego de las mentes apocalípticas que consideran que ha sido el propio hombre quien se puso en la senda suicida aviado con una incómoda elección en lo relativo a medios para autodestruirse".

Fenómeno en que la paradoja alcanza una de sus más altas expresiones, el sida no es más que una enfermedad caracterizada por la incapacidad orgánica en el combate de otras enfermedades. Sin representar una nueva patología, lo novedoso radica en la frecuencia con que el padecimiento se observa actualmente, en el rango de epidemia que ha alcanzado.

De cómo sí da

Pese a haber aparecido entre homosexuales, extendiéndose después a los adictos a drogas administradas por vía intravenosa, el sida es una enfermedad que rebasa estos grupos, los

que, por lo demás, junto con el de las prostitutas, conforman los tres núcleos de mayor riesgo en lo que a transmisión corresponde. El virus de inmunodeficiencia humana es capaz, entonces, de inocularse también en heterosexuales, mujeres y niños.

Hasta ahora existen en definitiva cuatro formas de contraer el sida perfectamente demostradas: por contacto sexual, por sangre, a través de la placenta y por leche materna. En México, para la Secretaría de Salud, el contagio más importante se da por medio de relaciones sexuales en las que participe alguna persona infectada con el VIH. En el coito, el contacto directo de sangre o de semen con cualquier mucosa es causa suficiente para contraer la enfermedad. En los adictos a estupefacientes la transmisión tiene lugar por uso compartido de agujas o jeringas contaminadas —también cepillos de dientes y hojas de afeitar— y, con menor frecuencia, por transfusiones de sangre, o sus derivados, procedentes de alguien afectado con el virus del sida.

Enfermedad infecciosa viral que ataca una célula clave en la regulación de la respuesta inmune, el sida puede ocasionar la muerte, sobre todo, por tres causas: la más común, por contagios ocasionados por gérmenes oportunistas, infecciones que, en un ser sano, se controlarían fácilmente; la segunda, por cáncer de piel —sarcoma de Kaposi—, del sistema nervioso central, o de los ganglios linfáticos (linfomas); la tercera, debido a problemas del sistema nervioso central que pueden manifestarse en trastornos en el tacto —neuropatía periférica— o bien, devenir en cuadros de encefalopatía grave asociados a demencia (encefalopatía subaguda).

Si en México la desinformación sobre el sida llega al grado de hacer pensar a algunos sectores de la población que éste no es sino una campaña de publicidad o un tema que se presta a la filmación de películas de terror, lo cierto es que la epidemia es real y que en los próximos diez años, según estimaciones de la Secretaría de Salud, morirán de sida cerca de medio millón de personas.

Irremediablemente letal, el sida seguirá cobrando víctimas

mientras no se encuentren los medicamentos requeridos para contrarrestarlo. Por lo pronto, aunque en el mundo —en Francia y Estados Unidos sobre todo— se llevan a cabo investigaciones encaminadas a conseguir la vacuna contra la enfermedad, las predicciones de los especialistas son desalentadores: consideran que el desarrollo de dicha vacuna no podrá alcanzarse en, por lo menos, los próximos cinco años. La situación es muy compleja, se asienta, pues ni siquiera se conoce estrictamente el número de variantes del virus responsable de la enfermedad. En este sentido, la Organización Mundial de la Salud (OMS) sostiene que, hasta ahora, la única manera de evitar todo peligro de contagio es la abstinencia sexual. Para eludir riesgos, otras fuentes recomiendan el empleo de preservativos al tiempo que exhortan a la monogamia, aunque del sexo monógamo otros digan que es sano pero... puede resultar aburrido.

Así las cosas, hasta ahora, la única forma para curarse de sida sería, en primer lugar, no contraerlo.

El sida en cifras

El síndrome de inmunodeficiencia adquirida se registra en 113 países de los cinco continentes, según reportes de la OMS. Hasta el primero de mayo de 1987, a este organismo se notificaron 51 mil 535 casos, de los cuales más del 80 por ciento corresponden al Continente Americano, 12 por ciento a Europa y sólo el 8 por ciento a naciones africanas.

En América, hasta marzo de 1987, Estados Unidos aportaba 34 mil 178 casos; Brasil mil 542; Canadá 966; Haití 810; México 407 y 39 países cifras menores a éstas que, en total, representan el uno por ciento de los casos consignados.

Aunque en el país, como en todas partes, los casos de sida aumentan geométricamente, hasta diciembre de 1986, el mal no era considerado un problema preocupante de salud. Las enfermedades cardíacas, los accidentes, las infecciones respi-

ratorias y gastrointestinales, los tumores, seguían siendo las principales causas de defunción.

Duplicado cada diez meses y con una tendencia exponencial, el sida apareció en México en 1981. De esa fecha a julio de 1987 se han notificado a la Dirección General de Epidemiología de la Secretaría de Salud 515 casos. Por edad, la distribución de los mismos muestra que la mayoría (74 por ciento) pertenecen al grupo de entre 25 y 44 años. Detectado con mayor incidencia en el DF, Jalisco, Coahuila, Nuevo León, Baja California, Chiapas y Chihuahua, la observancia del sida, por sexo, tiene una relación de un caso en mujeres por 24 de hombres.

Respecto a los factores de riesgo identificados, éstos señalan que el 91 por ciento de los casos presentan antecedentes de prácticas homosexuales o bisexuales; el 4.8 corresponde a receptores de sangre o sus derivados. El resto tiene que ver con adictos a drogas administradas de manera intravenosa y con contactos heterosexuales. En 72 casos se ignora la existencia de alguno de estos antecedentes.

Ni degeneración moral, ni maldición bíblica

Antes que castigo divino, debe entenderse que el sida no es más que una enfermedad infecciosa y un reto que el conocimiento humano habrá de asumir, sin estigmatizar como "sucios", desde la perspectiva bíblica, a quienes lo padecen.

De algún modo inscrito en el rango de padecimientos históricos como la malaria, la lepra o la peste, el sida, siendo un problema que atañe sobre todo a los sectores vinculados con la medicina, la quimiofarmacéutica y la inmunología, cobra ahora una importancia inusitada, en tanto repercute directamente en el conjunto de la actual civilización.

Sin poder hacer gran cosa ante un fenómeno que la toma desprevenida, la sociedad contemporánea se dedica, por el momento, a advertir e informar sobre lo que algunos han llamado "el mal del siglo". Estas campañas de difusión, nece-

sarias para contrarrestar prejuicios e ignorancia pueden, sin embargo, desembocar en un cierto terrorismo informativo que, desde una cuestionable reconsideración ética intenta, además de dejar oír las resonancias de un puritanismo emergente, hacer aflorar en el hombre la culpabilidad sexual, al tiempo que señala a la promiscuidad como el pecado cristiano causante de todos los males en todas las épocas. Es con base en el temor que esa nueva moralidad parece estar cambiando los hábitos sexuales de los grupos directa o potencialmente afectados por el sida, pero también de aquellos que, por no padecerla, ven en ésta una enfermedad fantasmal o una enfermedad de opción, como cualquier venérea.

Si en oposición a los aspectos clínicos, las repercusiones sociales de la enfermedad todavía no se encaminan abiertamente hacia un terrorismo, aunque es de esperarse que pronto lo harán, lo urgente ahora —lejos de la culpa y la expiación religiosa— es prepararse para adoptar nuevos patrones educativos a fin de enseñar a las más recientes generaciones a vivir y ejercer su erotismo de modo responsable. Esto es, tomando en cuenta que el sida es una realidad y no una fábula tendiente a paralizarnos sexualmente. El sida, hay que entenderlo, no debe reducirnos a esa estirpe que encuentra la muerte en una de sus funciones biológicas básicas.

Inhibidora del erotismo, la nueva concepción ética es en gran medida coercitiva, pero no lo es tanto si se estima que su acatamiento depende de una decisión individual. Hechos más graves han venido observándose en países como Estados Unidos e Inglaterra, donde los portadores del sida —a veces también sus familiares— están siendo objeto de marginación. Se impide, por ejemplo, que los hijos de éstos acudan a las escuelas por miedo al contagio, se prohíbe que les interne en ciertos hospitales, sin contar con que algunas empresas se pronuncian por el despido inmediato, lo mismo del infectado que de todo sospechoso de ser foco de contagio.

Pero quizá lo más alarmante radique en que el sida, un peligro real para todos, pueda convertirse, indica Burgess, en un trastorno sociopolítico que, así concebido, lleve a los

gobiernos del mundo a desencadenar un terrorismo manifiesto bajo el cual, el sida y su diseminación, serían el riesgo aceptable o el estímulo para ejercer formas de represión hasta hoy inéditas...

Laura Guillén